

ría que nos habíamos vuelto locos, ¡vamos, qué ocurrencias tienes!... Bien puede agradecerme Beatriz los titeres que por ella estoy haciendo.

Claudio no respondía, ni siquiera pestañeaba, contemplando el pie de la joven con la esperanza de descubrir el secreto de los enigmáticos pies de Beatriz.

El de Matilde Landaluce era un piecito inverosímil, que apenas contaba nueve dedos de longitud; delgado, blanquísimo, surcado en el empeine por pequeñas venas azulinas; los dedos, unidos en apretado manojito, parecían estrecharse unos con otros cual si tuvieran frío, o iban de mayor a menor, dibujando una curva perfecta, desde el pulgar hasta el meñique, tan sonrosado y pequenín como el dedo de un niño que todavía no ha empezado a calzarse; el talón era redondo, los tobillos poco pronunciados, la caña delgada, pero graciosa; acusando el nacimiento de una gallarda pantorrilla: allí no había callosidades, ni vello, ni músculos fuertes, ni tendones contraídos; era un pie blanco, tranquilo, como el de Cendrillon, la milagrosa mujercita de Perrault; pie inocente que aun no ha servido para caminar hacia el pecado.

Viéndole surgir del fondo obscuro del sofá, colgando con el sosegado abandono de la persona que duerme a pierna suelta, apreció Claudio el defecto principal del cuadro *La Transfiguración*; los pies de los bienaventurados los concebía Antúñez como el de Matilde; sin venas ni músculos, ni tendones en tensión, pues los elegidos deben ascender a los cielos porque Dios los atrae y no necesitan recurrir, por tanto, en semejante viaje, ni a sus manos ni a sus pies.

—¡No te muevas — exclamó —, pronto termino...!

Volvióse hacia el cuadro y empezó a pintar;

fué un dibujo rapidísimo, hecho con prontitud y corrección admirables; Matildita, comprendiendo la sagrada misión que cumplen ante el arte los modelos, permanecía muy seria; regocijándose íntimamente de legar, siquiera fuese un pie, a la posteridad.

—Ya es mío — dijo Claudio —, y en dos o tres tardes, quedará mejor. ¿Ves, Punto-Negro...? Más pueden tus piecitos de cristal que mi cabeza.

—Ella bajó del sofá y fué a abrazarle dando saltitos para no pisar el suelo con su pie desnudo.

—Y ahora sí que puedo vanagloriarme — dijo —, de haber impreso en una obra de arte la huella de mi hermosura...

A pesar de lo agradablemente que distraían las horas en el estudio, entregados al trabajo y al amor, Matilde prefería para sus entrevistas la buhardilla de Antonia Carrasco; y en aquel gabinete, con su techo en declive, sus paredes desnudas, su insegura cama de hierro y su puertecilla incapaz de soportar el empuje de un niño, era la mujer más feliz del mundo.

Siempre llegaba ella primero; Antonia ya la conocía por el modo de subir la escalera y el ruido de sus enaguas almidonadas, y abría la puerta sin darla tiempo a llamar; la recibía sonriendo, se saludaban alegremente, como agradeciéndose con los ojos los favores que mutuamente se prestaban, y se daban dos besos, uno en cada mejilla, en señal de buen afecto.

—¿No ha venido? — preguntaba Matilde sentándose.

—¡Ca...! ¿No sabe usted quién es...? Luego llegará diciendo que ha encontrado a un amigo o una modelo sin trabajo, cualquiera disculpa.

Se colocaba junto a Matilde, mirándola cariñosamente.

—Hoy sí que viene usted guapa — decía, cogiéndola por las manos y acariciándoselas—; amiguita, bien se conoce que tiene usted a quien agradar....

La joven reía, satisfecha del requiebro.

—Hombre, eso tiene la mar de gracia: ¿con que hoy vengo más guapa que ayer...?

—¡Vaya...! En cambio, cuando tenga usted mis años, se la quitarán hasta los deseos de mirarse al espejo.

Viéndolas juntas surgía entre ambas algún parecido: las dos eran pequeñas, de movimientos vivos y graciosos, expresivas y picarescas; su flaqueza era la misma: la afición a la vida mundana, el deseo de amar y ser dichosas. Matilde simbolizaba la juventud morena y ardiente que empieza; Antonia, le vejez coronada de canas que se retira, evocando el dulce calor de los besos recibidos y el nombre de sus antiguos amantes, viejos también; Antonia pertenecía a una generación que pasó aturdiéndose con la estruendosa batahola de sus fiestas, y que ya había enmudecido; casi todos murieron; sólo algunos vivían aún, pobres rezagados de aquella feliz caravana perdida, que paseaban su incurable fastidio por las calles, arrastrando los pies; Matilde era la generación presente que corre a la muerte repartiendo besos y abrazos. Esto establecía entre aquellas dos mujeres una secreta corriente simpática; Antonia Carrasco era el ayer desengañado asistiendo conmovido a la ruina del hoy fugitivo.

Charlando de asuntos indiferentes esperaban la llegada de Antúnez: le sentían subir la escalera alentando penosamente y tosiendo, y luego avanzar por el corredor con su paso largo y reposado de hombre fuerte. Entraba en la salita armando mucho ruido, llenando con su elevada es-

tatura y su carácter turbulento la pequeña habitación. Antonia salía a recibirle.

—¡Hola, bala perdida...! —decía.

—Hola, Antoñita; ¿ha venido...?

Y, sin esperar la respuesta, pasaba al gabinete.

—¡Ah...! ¿Pero estabas ahí, Punto-Negro...? ¡Y tan calladita...!

Matilde alargaba la mano sin levantarse, como si estuviese en un salón sujeta a los angostos reglamentos de la etiqueta. Después, cuando Antonia Carrasco se marchaba, cerrando tras sí la insegura puertecilla, la joven deponía su actitud comedida y corría a echarse en los brazos de Claudio: era un abrazo frenético, de amantes que vivieron largo tiempo separados.

—Punto-Negro, ¡qué guapa estás...!

—Eso me dijo Antonia en cuanto entré...

—¡Y no mintió!

—Dí, ¿me quieres mucho...?

—Con toda mi alma.

—¡Chico, qué bien...!

Hablaban mucho y de lo mismo, pero sin sentir jamás la monotonía de la conversación; unas veces alegres, a ratos tristes, siempre enamorados y besucones.

Matilde refería sus disgustos íntimos, comentando el genio intratable de su madre y la soporífera vulgaridad de Estrada; pero, fiel a sus delicadezas de mujer culta, ridiculizaba a Pablo sin emplear frases acerbadas que trocasen la burla ingeniosa en vergonzoso ludibrio; era un sarcasmo embozado, un bofetón dado con guante blanco. Antúnez apreciaba la cortesía de aquella costumbre y la respetaba también.

Claudio, preocupado con sus cuadros, solía tener extraños caprichos de pintor.

Una tarde quiso ver a Matilde enteramente desnuda, sin velos importunos que afeasen la

PUNTO-NEGRO.—7

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1700. 1625 MONTERREY, MEXICO

plendidez del conjunto. Nunca había logrado satisfacer aquel deseo, porque los reparos que ella oponía ladinamente, o el excesivo frío, o la conversación le distrajeran; y él mismo no se atrevió a solicitar de la joven semejante favor temiendo lastimar su recato, cohibido por aquel residuo de virtud vergonzosa que no cedía a la pasión ni aun en los momentos de mayor locura.

Pero al fin decidióse y expresó su deseo de golpe, temiendo arrepentirse en el instante decisivo. El había visto muchas mujeres desnudas; pero eran modelos, esculturas animadas a quienes sólo estimaba desde el punto de vista artístico, y creía que la desnudez de Punto-Negro produciría en su espíritu diferente impresión: era un refinamiento de pintor pagano, que busca reforzar con el deseo carnal la sensación artística.

La joven quiso resistir.

—No seas antojadizo — decía —: todas las mujeres, con leves diferencias, son iguales, y además me da mucha vergüenza, hijo...

Se había acercado a él ronroneando amorosamente, haciendo carantoñas, como la tarde en que se negaba a quitarse las medias para enseñarle los pies. Y es que las mujeres tienen dos pudores: uno para el tacto y otro para los ojos, y prefieren ser tocadas a ser vistas; sin duda porque las impresiones táctiles, al encender el deseo, aminoran el rubor.

—Además — añadió —, que si como amada te gusto, puedo desagradarte como modelo; el arte no tiene corazón, ni nervios... y si te desilusionas, figúrate... se acabó Matildita...

—No digas eso; tú eres hermosa siempre, con hermosura clásica, indiscutible. ¡Vaya...! aunque te odiase me parecerías bien, y eso que el odio tiene cien ojos para sorprender los defectos de la

persona odiada. Quiero verte desnuda, Punto-Negro; lo necesito.

Dijo esto con tal acento de muchacho voluntarioso que quiere ser inmediatamente complacido, que Matilde cedió.

—Eres peor que una insolación—repuso—; ea, ya estoy dispuesta, esperando las órdenes del señor...

Claudio entornó las hojas de madera de la ventana de modo que la luz iluminase únicamente la parte de la habitación donde Matilde había de colocarse, y él fué a ocupar una silla en el lado oscuro para favorecer el efecto óptico. Ella estaba de pie sobre la esterilla de esparto, delante de la cama, sobre la cual y por consejo de Claudio, extendió un mantón negro de Antonia, para que sirviese de fondo y la blancura del cuerpo resaltase mejor.

Matilde empezó a desnudarse, poniendo en cada movimiento un hechizo exquisito de pudorosa coquetería; y mientras miraba a Claudio y sonreía, sus ágiles dedos iban zafando corchetes y desatando cintas. Primero se quitó su chaquetita granate oscuro, luego la corbata y el camisolín de cuello alto, quedándose con los brazos al aire y el busto ceñido por un cubrecorsé; saltaron dos corchetes y cayó la falda; después las enaguas... Claudio la contemplaba silencioso, gozando cada uno de aquellos detalles que poco a poco le acercaban al término deseado, fijándose en todos ellos con una especie de voracidad visual.

La joven se quedó en corsé; un corselito de raso negro, adornado con cintas rojas, por debajo del cual se desbordaban las turgencias de las caderas. Entonces Matilde se detuvo y miró al pintor, pidiéndole con los ojos permiso para quedarse así. Antúnez ni siquiera pestañeó.

—Sigue—dijo—, sigue...

Y continuó mirando, hipnotizado por la proximidad de los tesoros de hermosura que su imaginación presentía tras la tela sutil de la camisa.

En aquel traje, con el corsé y las medias negras y los anchos pantaloncitos ceñidos a las corvas por un encaje blanco, tan derecha y tan airosa, con el cuerpo algo echado hacia atrás y los brazos en jarras en ademán retador, Punto-Negro parecía un pajecillo de las viejas zarzuelas. Después los pantalones cayeron al suelo, y tras ellos las medias y el corsé; sólo quedaba la camisa, de transparente batista. Matilde había cruzado los bracitos sobre el pecho, ocultando el seno: sobre sus hombros se erguía la línea del cuello, adornado en su parte posterior por los negros ricitos de la nuca.

—Sigue—repitió Claudio—; pronto.

A su cerebro ofuscado no acudían otras palabras que expresasen mejor ni más brevemente su impaciente deseo.

La camisa fué descendiendo; después de los hombros aparecieron los pechos; pechitos turgentes, de virgen griega, que resistían sin humillarse la falta de corsé; luego los costados. Al llegar a la cintura, la camisa se detuvo, retenida por un último reparo vergonzoso.

Matilde sonreía siempre, procurando velar su turbación con la afectada alegría de su semblante; los ojos chispeantes, las mejillas arreboladas por el calor de la emoción. Antúnez no habló; pero sus labios, sus cejas, la enérgica contracción de sus músculos frontales, sus ojos, sobre todo, expresaron un deseo imperativo, incontestable, de mirar hasta el fin. Aquella orden silenciosa de tirano que no soporta objeciones, fué obedecida: la camisa resbaló a lo largo de las caderas y cayó al suelo, sobre la mísera esterilla de esparto, formando una especie de concha a los pies de aquella Venus pequeña.

Todo apareció de pronto: piernas, muslos, vientre, con belleza deslumbrante que produjo en los sensibles nervios del pintor un efecto brutal.

Claudio quedó absorto, sin poder aquilatar el mérito de lo que veía, como un ciego que súbitamente adquiriese la capacidad de ver, contemplándola con la voluptuosa unción del niño que mira por primera vez una mujer desnuda.

El nunca sospechó que la belleza femenina ejerciese sobre el hombre tan diabólico imperio; la embriaguez de aquellos esclavos que morían por disfrutar en brazos de Cleopatra una noche de amor, le parecían leyendas de la historia antigua, el suicidio de Werther y los amores de Manón, ñoñeces de los escritores románticos. No concebía que por la posesión de su cuerpo pudiera sacrificarse el sosiego y el porvenir de una conciencia; la hermosura de la materia terminaba allí donde empieza el hastío que, como castigo, sigue al deseo satisfecho; la idealidad de los desnudos estaba en el pintor que los concibe, no en la carne, era una ilusión de la mente creadora, no una realidad: las mujeres del mundo no podían, en su concepto, rivalizar con las pintadas; el artista se valía de aquéllas para sus obras, pero las eternas por antonomasia, las que pasaban a la posteridad burlando a los siglos con su hermosura, eran las segundas, cohorte gloriosísima de huries arrancadas por los magos del pincel a los siete colores del arco iris.

Pero la visión de Matilde desnuda, le trastornó; aquello fué la realidad palpitante sobrepujando a la fantasía soñadora, el cuerpo enajenando al espíritu con sus seducciones perdurables. La veía y sus ojos no se saciaban: iluminada por la riente luz del sol, destacábase del fondo negro con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies juntos, como Friné ante sus jueces, mostrando esa

gracia eterna que inspira vértigos con sus pantorrillas pronunciadas, sus redondas y suaves rodillas, sus muslos magníficos, sus caderas espléndidas sombreadas por un leve hoyuelo formado por la contracción de los músculos nalgares; su pelvis ancha, separada del vientre por una ligera depresión; vientre duro, revelador de una potente maternidad; su cintura estrecha, sus bracitos pudorosamente recogidos, su esternón alto, su inquieta cabecita de mujer talentosa, descansando sobre el redondo cuello: allí no había huesos, ni músculos, ni tendones acentuados, ni vello; ni nada que afease la matorosa tersura de la piel; la línea recta, siempre dura, el ángulo brusco, no existían en aquel cuerpecito primorosamente formado; todo era pequeño, pero todo bonito y gracioso. La línea que nacía bajo los pulpejos de las orejas, se prolongaba ondulando voluptuosa a lo largo del cuerpo, dibujando las redondeces del hombro, las axilas, la depresión de los costados, el ensanche de las caderas, las curvas de los muslos y de las pantorrillas, hasta terminar en aquellos piecitos de china de jarrón japonés, que apenas contaban nueve dedos de longitud.

La carne de Matilde tenía ese color moreno pálido de las mujeres ardientes y nerviosas de los países cálidos, en las que el hígado y las pasiones amortiguan el tinte rosáceo de la piel; parecía un modelo de la escuela italiana, una Venus tizianesca, pero sin las formas algo duras de los desnudos del pintor veneciano; en aquellas carnes no había el carmín, ni los frioleros reflejos alabastrinos característicos de las mujeres flamencas; sí una blancura mate y tibia, que invitaba al amor.

Insensiblemente Claudio fué sobreponiéndose a la primera impresión y ordenando sus ideas, y recordando las sensaciones que sus manos expe-

rimentaron acariciando aquel cuerpo, la tersura del vientre, la morbidez de las nalgas y el grato calorillo desprendido de todo él, sintió que la hermosura plástica de Matilde aumentaba, obscurciendo a los mejores modelos; hasta creyó que era un antojo, sin cuerpo y sin alma, un pegote de pintura arrancado de un lienzo y puesto allí, para desesperarle, y entonces se levantó fuera de sí, queriendo estrechar entre sus brazos convulsos aquella silueta fugitiva.

—¡Eh!...—gritó la joven—, quietecito ahí; porque, entendámonos, yo sólo me he desnudado para el pintor...

Antúnez se detuvo, temeroso de estropearla si la cogía entre sus manos.

—Pero, Punto-Negro—exclamó—, ¡si eres la perdición en forma de mujer...!

—Pues ahora verás a la perdición en camisa; espera medio minuto.

Se agachó para recoger sus ropas y vestirse. Antúnez volvió a sentarse.

—No—dijo—; pues empezaste a complacerte, sigue hasta el fin; vuélvete de espaldas... despacito... porque si no me deslumbras.

Ella, impaciente, dió con el pie un golpe en el suelo y giró bruscamente sobre sus tacones, deseando concluir pronto.

La mujer hermosa es una moneda que no tiene reverso y triunfa siempre por cualquier lado que se la aprecie o examine. En aquella actitud su belleza resaltaba mejor, resplandeciendo con atractivos mayores: se veía el perfil del rostro, su naricilla levantada, sus ojos grandes y el crespo pelo echado sobre la cara, encerrando bajo un semicírculo negro la frente y las sienas; el moño alto, la nuca coquetona, el cuello corto, los hombros ebúrneos, la cintura delgada, los lomos divididos por la depresión de la columna dorsal,

pero sin que las apófisis vertebrales afeasen la tersura de la piel, cubierta a lo largo de aquella parte de finísimo vello: las caderas poderosas se redondeaban en atrevida curva, los glúteos formaban las nalgas, turgentes, de una morbidez dura y palpitante; los muslos de mujer que han llegado a la plenitud de su desarrollo, descendían hasta los trigéminos de la pantorrilla, y luego las líneas laterales de las piernas se aproximaban formando la caña del pie.

Claudio Antúnez miraba embelesado, sin poder desencadenar sus ojos del hechizo: allí estaba la hembra idealizada, la musa inspiradora del arte clásico, la querida lujuriente, cuyo cuerpo y cuya sangre él consideraba como partes de su propia sangre y de sus mismos huesos: en aquella sensación había una voluptuosidad de morfomano, un refinamiento orientalesco de amante insaciable que pretende gozar imaginativamente y por anticipado, la posesión de lo mismo que ve y toca. Matilde aparecía a sus ojos de enamorado y de pintor, como un supremo ideal artístico. Era la mujer eterna que ha guiado el buril del escultor y encendido la fantasía de los poetas y hecho soñar a los músicos celestiales armonías: músicos, poetas, pintores, escultores, todos erigieron a la mujer en objetivo único de sus aspiraciones, y tradujeron al pentagrama el amoroso arrullo de los suspiros femeninos o las explosiones de su pasión, y cantaron sus afectos en versos y en libros, y perpetuaron su belleza en lienzos y en mármoles. Ella fué siempre el campo cultivado y nunca yermo del arte; naturaleza dió al eco de su voz inagotables magnetismos, espejismos musicales, si así puede decirse, que conmueven al corazón de mil sabrosas maneras; a su cerebro, concepción pronta, imaginación viva para engalanar los asuntos más prosaicos de rientes colores; vo-

luntad firme y dúctil, para vencer cediendo; sentimientos delicados, variadísimos, que el talento de los novelistas no pueden agotar; formas magníficas, que son los eternos arquetipos de las artes plásticas.

Nada hay comparable a una mujer desnuda: es la explosión triunfante de lo bello, lo que asegura el triunfo del amor y la perpetuidad de la especie: en sus caderas, Naturaleza agotó sus mágicos recursos, provocando la concurrencia de cuanto favorece los efectos estético y sensual más acabados; la dureza de las carnes, el colorido y aterciopelada suavidad de la piel, la serie de curvas que se retuercen sensuales hasta unirse en el mismo punto, todo contribuye a enloquecer el cerebro, emborrachando primero al tacto y a la vista. Es la apoteosis de la carne: dijérase que en la fabricación de aquel dechado soberano bajaron los geniecillos tentadores del amor, cuidando que ningún detalle, ni aun los más nimios, se olvidasen; que los diablos de la lujuria, con rostro de sátiro, hicieron todo lo grande, todo lo fuerte, lo que luego el deseo había de estrujar frenético en sus espasmos, y que un artista, mitad ángel de luz, mitad demonio, guió la habilísima labor de unos y otros.

Antúnez no quiso reprimir más tiempo los impulsos de sus nervios crispados; el hombre aniquiló al artista y se arrojó sobre Matilde con un ardor de fiera encelada, sin darla tiempo a huir. Después, calmado aquel vértigo, la sentó sobre sus rodillas oprimiéndola contra su pecho fatigado, desnudita según estaba.

—¡Cómo te palpita el corazón!—exclamó la joven—, me lastima oírlo; parece un batán...

Entonces Claudio experimentó un súbito acceso de mal humor.

—Me late—dijo—y me duele, porque los celos me atosigan; tengo celos de ti...

Ella le miró asombrada.

—Sí, de ti—continuó el pintor—, ¿de quién había de ser?... Celos terribles que se refieren a tu historia; celos retrospectivos, que durarán lo que mi amor, porque no pueden vengarse...

Matilde le escuchaba sin saber a qué venía aquello; él hablaba apresuradamente, pronunciando un discurso deshilvanado, caótico, de loco enamorado, en el que iban confundidos protestas de cariño, arrebatos iracundos, tristezas, lamentos de amante que mira acongojado las manchas de barro que salpicaron a la pureza de su ideal. Claudio, que conocía la historia de Matilde, empezó a recordarla y cada episodio aumentaba su sombría pesadumbre. Habló de Antonio Santero, de aquel amante que empeña la virtuosa viudez de Matildita Landaluce, de Pablo Estrada y de otros amores inconfesados que su suspicacia adivinaba palpitando en la sombra; torpes caídas que ella negaba con el tesón de la mujer que quiere tener pasiones y no caprichos. Aquel celoso arrebato tenía algo de infantil y de trágico que apenaba.

—¿Cómo te rendiste?—decía—, ¿cómo entregaste tantos atractivos por un instante de placer?...—¡ Ah!... ¿No comprendías que ninguno de tus amantes apreciaba el inmenso valor de tu vencimiento?... Y cuando les besabas, ¿no presentías que ibas a pertenecerme?...

Sus palabras tenían tal acento de tristeza, que Matilde Landaluce se conmovió; y como si encogiéndose fuese menos accesible al dolor, recogió los brazos y las piernas, haciéndose un ovillo. En aquellos momentos, escuchando la voz de su amante que parecía la de su propia conciencia, revivió sus añejos dolores y sus menguados pla-

ceres perdidos: recordó el santo amor del primer esposo, su viudez, sus horas de nostalgia, su matrimonio con Pablo Estrada, su vida presente llena de criminales emociones... Cada recuerdo apretó un poco el nudo de secretos dolores que oprimían su garganta, y cuando la pena no la cupo en el pecho, rompió a llorar.

Antúnez meditaba viendo aquel dolor que respondía al suyo: era una escena muda, preñada de pensamientos negros donde el amor bañaba con lágrimas de arrepentimiento las marchitas flores que enguinaldaron sus pasadas veleidades. Nunca se sintió tan conmovido, y cuando Matilde levantó la cabeza para recibir en sus labios el beso de perdón, vio que Claudio, a pesar de su varonil despreocupación, también tenía los ojos arrasados.

VII

Cuatro Caminos es uno de los barrios más feos de Madrid; ocupa un terreno árido que se extiende a ambos lados de la carretera que conduce al pueblo de Tetuán, desde los verdes sotos de la Moncloa hasta el canal de Lozoya, que lo limita por su parte oriental.

Lo constituyen las ventas de Amaniel, el templo de Nuestra Señora de los Angeles, cuyas blancas torres se dibujaban alegremente sobre el fondo azul del cielo, iluminadas por el sol, con su bullicioso clamoreo de campanas y su risueño aspecto de iglesia moderna; dos conventos, muchos hoteles y algunas fábricas, y el caserío, que es pobre, formado en su mayor parte por casitas de un solo piso; casucas mal revocadas, con ventanas irregulares, protegidas por barrotes de hierro despintados; todas sucias, tristes, como si